



La tumba del nadador, 480-470 a.C., frescos sobre losas de travertino.

Así que, aunque no lo digan sus huesos, *polvo serán, mas polvo enamorado*, aunque en su tumba no haya escrito un nombre que sea su nombre, puede ser que acabe él de pronunciarlo. Y que fuera él quien más lo lloró cuando posaron en el suelo de roca su cuerpo adornado con cintas y guirnaldas. Y quien mandó llamar a los pintores mientras las mujeres lo lavaban y lo ungían con perfume y lo vestían con su mejor túnica para que *no tuviera frío ni el can Cerbero lo viera desnudo*, como escribe Luciano en sus escritos.

Y que fuera él quien pidió a los pintores que lo rodearan de un banquete que no acabara nunca, donde sonaran las liras y las flautas y donde los invitados cantaran y conversaran y jugaran al còtabo reclinados en ricos divanes, entre cojines de seda, un banquete donde no se terminara la música, ni se acabarían nunca el vino ni las caricias de los amantes.

salto

No ha tocado el agua todavía.

Acaba de saltar y aún le quedan unos metros para zambullirse en el río. ¿Está aguantando la respiración? ¿Habrá tomado aire sin darse cuenta justo antes de despegar los pies del suelo?

Desnudo, con los brazos estirados y el cuerpo arqueado por el impulso, el nadador se lanza al agua de cabeza dejando atrás un árbol de delicadas hojas que parece crecer en la ladera de un monte que no se ve, en el filo de un acantilado.

Lo envuelve la quietud de un amanecer detenido en el tiempo, un viento suave que le ha puesto la carne de gallina, que remueve las hojas de los árboles y riza el agua casi sin hacer ruido. Hasta el río no llega la música del banquete, aquí no se oyen las risas y los cantos de los invitados. Ha sido él quien ha roto el silencio que antes sólo interrumpía el rumor del agua, al perturbar el aire con el impulso de su salto.

A su espalda, a los pies del monte, quedan también los muros de una torre de sillares esbeltos, perfilados en negro con trazos finísimos, que delimitan los confines del mundo que conoce.

Porque su salto, eso se ha dicho siempre, lo lleva al otro lado.

Lo esperan las aguas del río del que hablan los poetas en sus versos, que fluye en ondas verdiazuladas a los pies de la torre, el río que separa a los vivos de los muertos.

Y sin embargo él, desnudo, con los músculos en tensión y el perfil sereno, se lanza al agua de cabeza sin cerrar los ojos, como si no temiera al frío ni a la noche oscura. Tal vez porque sospecha que compartirá el destino de los héroes y los justos o porque ha repetido en voz baja muchas veces, como quien dice una oración, las palabras que escuchó en el delirio de la fiebre, *nadar sabe mi llama el agua fría y perder el respeto a ley severa...* Tal vez confía, pues parece espejo de buenos augurios, en el gesto benévolo del otro olivo, el que lo aguarda en la orilla izquierda inclinándose hacia él sus ramas.

Igual que en las figuras de las vasijas, el pintor ha dibujado en color negro los perfiles de su cuerpo, que no envejecerá, los cabellos oscuros, que no se volverán grises, la barba que no crecerá más.

Desnudo, libre de las trampas de la edad y de la melancolía de los destinos inciertos, el nadador se lanza al agua de cabeza, sin miedo, y su gesto aún conserva intacta la belleza de la juventud arrolladora, del amor más poderoso que la muerte. La belleza de los saltos al vacío.

En junio de 1968, el arqueólogo Mario Napoli y sus estudiantes llevan varios días trabajando de sol a sol en Tempa del Prete, una pequeña necrópolis al sur de las ruinas de Paestum. Hoy desentierran una sepultura. Al principio parece igual que todas las demás, pero una vez que han limpiado la primera capa y han dejado al descubierto la losa superior, Napoli, así lo deja registrado en sus notas sobre la excavación, observa algo que le resulta peculiar en la forma en que se ha cerrado la tumba. Intrigado, pide a unos cuantos estudiantes más que se acerquen para avanzar más rápido y siguen excavando. Después de varias horas de trabajo, ya al atardecer, la tumba se abre por fin.

Las losas norte y sur de la sepultura miden algo más de dos metros; las de los lados, uno. La que la tapa es algo más grande.

Al retirarla, el arqueólogo y sus estudiantes apenas pueden ahogar las exclamaciones de sorpresa. Alguno, sin poder contenerse, suelta un juramento. Los demás contemplan mudos las pinturas que llenan las paredes de la tumba. El banquete.

Los invitados llevan coronas de laurel, beben vino y conversan, juegan al cótabo reclinados sobre divanes de delicadas patas, entre cojines de seda. Suena la música de las liras y el aulós; se oyen las risas y los cantos. Y las voces de los comensales, a los que el vino desata la lengua.

En la cocina, los esclavos, que acaban de retirar las bandejas de dulces y uvas y nueces, se toman un respiro antes de regresar con cuencos de habas secas y piñones, con otra crátera donde mezclar el vino. Pronto entrarán también los músicos y las bailarinas.

Desnudos de cintura para arriba, reclinados sobre cojines de seda, los invitados se entregan al juego y a la música, al abandono de las caricias.

Con expresión concentrada, el joven jugador de cótabo del diván central apunta al blanco con la copa en el aire. Un golpe de muñeca y sabrá si logra los favores de la bailarina de piel oscura a la que ha entrevistado antes tras las cortinas, cuando ha salido a aliviarse. Al volver ha preguntado su nombre al tañedor de cítara. La de piel oscura, le ha dicho buscándola otra vez con la mirada tras la cortina, la que al moverse ha perfumado el aire con su cuerpo. El tañedor de cítara lo ha mirado con una sonrisa torcida y ha pronunciado un nombre extranjero. Un golpe de muñeca. Si tiene suerte y no yerra el tiro, tal vez puedan gozar juntos esta noche, cuando termine su danza.

Su compañero de diván también tiene una copa en la mano, pero hace rato que ha perdido el interés por el juego. Se ha distraído con el joven de la lira, que se sienta a su izquierda, y lo mira embobado porque hace un momento cantaba en brazos de su amigo y ha dejado de tocar para inclinarse hacia él con los ojos brillantes, con las mejillas encendidas y la respiración entrecortada, aunque ahora lo frene con el gesto, pues todavía es temprano para retirarse.

Al otro lado del salón, un joven cubierto por un manto rojo toca el aulós mientras su compañero, de barba incipiente y pelo rizado, canta los amores de Hero y Leandro.

Entre tanto, en el diván del centro, ajenos a todo, dos amantes beben y conversan recostados el uno junto al otro y se miran como si no existiera en el mundo nadie más que ellos.

El anfitrión, que se sienta solo, los observaba hace un instante con envidia y ahora sonríe para sí con una sonrisa triste. Le ha hecho un gesto al esclavo, que espera atento junto a la crátera con una jarra en las manos, para que se acerque a rellenar las copas. Él acaba de beber de la suya y apunta ya al blanco con un nombre en los labios. Lo dirá en voz baja, como hace siempre. Y si acierta, ahora que se ha quedado solo en el diván que compartían, pensará, como hace siempre, en quién era dueño de ese nombre, porque no quiere más abrazos que los suyos.

En el extremo opuesto del salón se sienta otro invitado que se parece mucho a él. También está solo. También tiene la barba oscura y el gesto melancólico. Tampoco está terminado el manto que lo cubre. Tal vez los dos sean espejo o memoria del mismo hombre. Apoyado sobre el codo, gira la cabeza para mirar, con profunda tristeza, al joven que abandona el banquete antes de tiempo. Lo ve alejarse sin decir nada y aprieta los labios con aire de desamparo, porque sabe que

esta noche no puede acompañarlo. Tiene en una mano una lira como la que colocará junto a su cuerpo adornado con cintas y guirnaldas, cuando se despida de él para siempre; en la otra mano, puede que una púa para tocarla. O un huevo de gallina, igual que los que se pintan en las figuras de las vasijas en las que aparecen las ofrendas de los vivos a los muertos.

Sólo él y el anfitrión, que se prepara para lanzar al cótabo con una sonrisa triste, prestan atención al joven que se marcha antes de que termine el banquete. Le abre paso una muchacha que toca la flauta, lo acompaña un hombre vestido con un manto blanco y rojo que camina apoyado en un bastón. Antes de salir, sin decir nada más, el joven ha vuelto a mirar al jugador de cótabo, que se ha quedado solo en el diván que compartían, y alza la mano en un gesto que puede ser de despedida.

Desnudo, como los atletas y los dioses que adornan las vasijas, apenas cubierto por una tela que resbala de sus hombros ondulante y está pintada de azul, como las aguas del río, el joven se va.

En las mesas hay coronas de laurel, copas vacías.

Ninguna de las tumbas griegas que se han encontrado hasta entonces, ni las que se encontrarán después en otras excavaciones, pueden compararse con ésta que están viendo Mario Napoli y sus estudiantes.

En el interior hallan restos de huesos, *polvo serán, mas polvo enamorado* y, junto a ellos, un sencillo ajuar funerario compuesto por un caparazón de tortuga, caja de resonancia de una lira de la que no queda más rastro, un par de caños de aribalos y un lécitos ático. La decoración de figuras negras del lécitos sitúa el conjunto en el siglo V a.C.

En la losa que tapa la tumba está el nadador, un joven desnudo que se lanza de cabeza al agua de un río; en la otra orilla, un árbol de delicadas hojas inclina sus ramas hacia el agua azulada. Mario Napoli no ha visto nada parecido. Pronto sabrá que se trata de un descubrimiento extraordinario. Único. Pero ese día, al contemplar la losa de la tumba, apenas puede hacer otra cosa que contener la respiración, conmovido ante tanta belleza.

¿Es la tumba de un hombre joven, como piensan muchos? Si no lo decían sus huesos, de los que ya no queda nada, si no hay un nombre escrito que sea su nombre ¿cómo saber quién es? Y por otro lado, cómo no pensar que es la tumba de un hombre joven al saber que junto a sus huesos, *polvo serán, mas polvo enamorado*, encontraron el caparazón de tortuga de una lira como las que tañen los invitados del banquete.

Tal vez porque era un hombre joven alguien quiso que no tuviera miedo, *nadar sabe mi llama el agua fría...*, que no echara de menos las canciones y el vino, que no le faltara compañía. Y que no olvidara nunca que su nombre es el nombre que acaba de pronunciar, el que pronuncia siempre, el jugador de cótabo que alza su copa por él desde la pared de la tumba, el que ahora se sienta solo en el diván que compartían y, reclinado, apunta al blanco que no se ve con la copa alzada y el brazo estirado, preparado para lanzar el vino. Sabe que si acierta y el platillo de bronce choca con el otro, habrá aplausos y se levantarán las copas para brindar por el vencedor, y que él sonreirá, aunque su sonrisa sea una sonrisa triste, cuando vea acercarse con su premio al esclavo coronado con las alas doradas de Hermes, el mensajero. Y volverá a sonreír cuando le pongan en las manos unas manzanas o unos dulces, o un par de sandalias, y volverá a repetir su nombre en voz baja, sin que lo oiga nadie, porque no quiere más abrazos que los suyos.